

Octavio Ianni

## **América Latina: ¿crisis de la hegemonía norteamericana?**

---

I

### DIVERGENCIAS Y ANTAGONISMOS

Más que cualquier otra área en el mundo capitalista, América Latina todavía depende bastante de las variaciones económicas y políticas que ocurren en los Estados Unidos. La interdependencia de las repúblicas americanas, bajo el liderazgo y dominio de los estados Unidos, es un fenómeno que se acentuó en este siglo y alcanzó un grado excepcionalmente elevado en el curso de la guerra fría, a lo largo de los años 1946-70. anteriormente, durante la segunda guerra mundial (1939-45), ya se habían reducido bastante, o incluso eliminado, las relaciones económicas, políticas y militares de los países latinoamericanos con Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Japón y algunas otras naciones. Y en los años de la guerra fría los Estados Unidos consiguieron preservar ampliamente su ascendiente sobre los asuntos económicos, políticos y militares de los países del continente.

No por eso, sin embargo, el liderazgo y el dominio de los Estados Unidos en el hemisferio con absolutos y monolíticos. La historia de cada país revela tensiones, malentendidos, fricciones e incluso conflictos de alguna envergadura, en asuntos económicos, políticos y militares. El carácter desarmónico, o frecuentemente tenso, de las relaciones entre los países latinoamericanos y los Estados Unidos se evidencia en hechos como los siguientes: la política exterior independiente, ensayada con frecuencia por países en los cuales se organiza políticamente la insatisfacción relativa al estilo de imposición o dominio norteamericano; la victoria de la revolución socialista en Cuba, ocurrida en los años 1959-60; la experiencia del gobierno de tendencia socialista de Salvador Allende, en Chile, en 1970-73; y las ambiciones de independencia y hegemonía demostrada por algunos gobiernos en Argentina, Brasil y México, con respecto a sus vecinos y en sus relaciones con los Estados Unidos.

Con esto no pretendo negar o minimizar la importancia de los entendimientos, alianzas y relaciones de solidaridad existentes entre los norteamericanos y los países de América Latina. Por otra parte, en un mismo país los gobiernos que se suceden pueden ser más o menos nacionalistas o dóciles a las políticas de los Estados Unidos. Y los propios gobiernos

norteamericanos, por su parte, han variado sus estrategias y tácticas diplomáticas en América Latina. Las políticas de buena vecindad, nueva frontera, asociación madura y otras son indicios de las variaciones de las relaciones de los gobernantes norteamericanos con los gobernantes del conjunto y de cada uno de los países de América Latina. Lo que parece innegable, sin embargo, es que la solidaridad de los negocios interamericanos produce no sólo la interdependencia sino también las tensiones, fricciones y conflictos que pueden ser indicativos de tendencias nuevas en las relaciones interamericanas.

En este ensayo, esbozaré principalmente una discusión de las situaciones en las que aparecen divergencias y antagonismos, sin ninguna pretensión de hacer un examen completo de las cuestiones enfocadas. Quiero principalmente sistematizar y formular algunos problemas.

La verdad es que la década de 1970 está revelando nuevos desarrollos en las relaciones interamericanas. Para mí, esos nuevos hechos pueden ser examinados en el contexto de la crisis de hegemonía de los Estados Unidos, vista desde la perspectiva de los países latinoamericanos y en la óptica de las características políticas de la crisis.

Para comprender mejor algunos aspectos de las divergencias y antagonismos de los países de América Latina con los Estados Unidos, sin embargo, precisamos en primer lugar situar la crisis de este país en el escenario mundial.

## II

### LA CRISIS DE LA HEGEMONÍA

Está claro que la crisis de la hegemonía de los Estados Unidos en el mundo capitalista no está sino en sus comienzos, y puede alargarse por décadas. Pero es innegable que está en curso desde la década de los sesenta. Los acontecimientos económicos, políticos y militares de los años sesenta y primeros de la década de los setenta indican algunas de las características de esa crisis. Veamos, en forma breve, cuáles han sido algunos de esos acontecimientos, sus consecuencias e implicaciones.

En primer lugar, el proceso de multipolarización económica, política y militar de las relaciones internacionales impidió que los Estados Unidos continuasen su política de guerra fría, intimidación o chantaje, según el caso, de los países asociados y dependientes. Poco a poco, la recuperación del capitalismo japonés y europeo, propiciada por los propios Estados Unidos, comenzó a producir nuevas relaciones internacionales. Los países de Europa pasaron

a manifestar, de forma cada vez más clara, sus divergencias con los Estados Unidos, o con el gobierno y las empresas multinacionales de ese país. Al mismo tiempo, Japón entró en una nueva etapa, en sus relaciones económicas externas, tanto con los Estados Unidos como con los países de otros continentes. En cierta forma, el viaje del presidente Nixon a China socialista, en 1972, señala el fin del concepto bipolar y maniqueo que había sido alimentado por los Estados Unidos en el curso de la guerra fría. Del mismo modo que señala la derrota de ese país en la guerra contra las fuerzas comunistas en Vietnam. Así, los propios Estados Unidos son llevados a reconocer el fin de la guerra fría y el comienzo de la multipolarización, dando inicio a la diplomacia de coexistencia pacífica. Y es en ese contexto, al mismo tiempo económico, político y militar, que Japón, Francia, Alemania, Italia y otros países ingresan en una nueva fase de relación con los países dependientes de Asia, África y América Latina, con las naciones socialistas y con los propios Estados Unidos. En buena parte, la guerra en el Medio Oriente en 1973 fue un acontecimiento decisivo en ese proceso de multipolarización y reducción de la preeminencia de los Estados Unidos en los negocios mundiales. Algunos países árabes dejaron de ser un dócil campo de maniobras de los gobernantes y empresas norteamericanos, pasando a definir y poner en práctica políticas más congruentes con los intereses del capitalismo local.

En segundo lugar, la propia alianza atlántica North Atlantic Treaty Organization (OTAN) también vio agravadas sus crisis internas. A medida que los países capitalistas europeos ganan mayor dinamismo económico y capacidad de multiplicar sus relaciones externas, deja de ser válido el liderazgo y la hegemonía militares absolutos que los Estados Unidos mantenían en el contexto de la guerra fría. El llamado peligro rojo (ruso o eslavo) cambia de cara cuando las dos Alemanias, capitalista y socialista, empiezan a negociar; cuando la Fiat italiana instala fábricas en la Unión Soviética; o cuando la política económica y militar de los Estados Unidos en el Medio Oriente comienza a perjudicar los intereses económicos de los países europeos en la región.

En tercer lugar, los países dependientes de América Latina, África y Asia no permanecieron estables o estancados, en lo social, político o económico. Los países árabes encontraron nuevas formas de reacción al capital extranjero y tuvieron condiciones que imponer a los países dominantes (los Estados Unidos, Europa y el Japón), nuevas condiciones de comercio para la continuidad de la exportación de petróleo. Y los capitales árabes comenzaron a ser buscados por otros países, al mismo tiempo que las naciones más industrializadas pasaron a proponer programas de colaboración para la industrialización y el desarrollo económico de algunos de esos países. Al mismo tiempo, en el curso de la guerra

fría y en los primeros años de la década de los setenta, ciertos países dependientes ingresaron ampliamente en el proceso de industrialización. India, México, Brasil, Argentina y algunos otros países desarrollaron un sector industrial significativo. Además, ya hay varios países dependientes en los cuales el capital industrial ha ganado preeminencia sobre el agrario. Esto significa que sus sistemas económicos nacionales se diferenciaron bastante, del mismo modo que se diferenciaron sus estructuras sociales. Al menos se modificaron las condiciones políticas y económicas de dependencia, de la misma forma que surgieron nuevos intereses divergentes, por cuanto a las formas políticas de organización del poder y con respecto al imperialismo.

En cuarto lugar, pero no lo menos importante, las modificaciones económicas, políticas y militares que acompañaron al proceso de multipolarización provocaron el agravamiento de las tensiones y antagonismos internos en los Estados Unidos. Bajo varios aspectos, la larga guerra realizada por ese país en Vietnam erosionó las bases socioculturales y políticas del tipo de poder burgués que había sido creado durante la segunda guerra mundial y perfeccionado en el curso de la guerra fría. Una de las más importantes derrotas sufridas por los Estados Unidos en la guerra de Vietnam fue vivida internamente, con la agravación de las tensiones y antagonismos en la sociedad norteamericana. Los Estados Unidos dejaron de ser, para buena parte de su propio pueblo, los campeones de la democracia, el país que ayudaba a los otros por razones morales, el país cuyas armas eran usadas para defender las instituciones democráticas, etcétera. Poco a poco, aquella guerra, sumada a las invasiones realizadas en Grecia y en la República Dominicana, además de los golpes de Estado provocados en Indonesia, Grecia, Chile y muchos otros países, mostraron a una parte del pueblo de los Estados Unidos lo que significaba el imperialismo norteamericano para los otros países. Esos y otros hechos (además de los asesinatos políticos: J. F. Kennedy, R. F. Kennedy, Malcolm X, Martin Luther King y muchos otros) revelaron a los norteamericanos aspectos importantes del carácter del poder burgués en situación crítica.

Son éstos, en pocas palabras, algunos de los acontecimientos importantes para la comprensión de los comienzos y desarrollos posibles de la crisis de liderazgo y hegemonía de los Estados Unidos en el mundo capitalista. No es necesario añadir aquí que esa crisis adquiere otras tonalidades, tal vez más acentuadas, cuando es vista también a la luz de la expansión del mundo socialista. Hoy el socialismo es una realidad política, económica, militar y cultural en Europa, Asia, África y América Latina.

### III.

#### REACCIONES DE LAS BURGUESÍAS SUBALTERNAS

Ante la situación de crisis del liderazgo y hegemonía de los Estados Unidos en los asuntos económicos, políticos y militares mundiales, las burguesías subalternas de los países de América Latina comenzaron a reaccionar en forma insegura, en algunos casos, y decidida, en otros. No es fácil caracterizar los intereses en juego, en cada país y circunstancia. Pero es posible apuntar algunas de sus reacciones más ostensibles. Desde que esas burguesías (asociadas, aliadas o simplemente dóciles a las decisiones y a los intereses de los gobernantes y empresas norteamericanas) comenzaron a darse cuenta de que el proceso de multipolarización era también producto del debilitamiento de las posiciones de los Estados Unidos, comenzaron a buscar alternativas para la preservación de sus intereses de clase. Veamos algunas de las reacciones más características, manifestadas por las burguesías subalternas latinoamericanas y expresadas en el curso de las dificultades económicas, políticas y militares de los norteamericanos. A mi modo de ver, esas reacciones son indicativas de algunas tendencias en curso en América Latina.

Antes, sin embargo, quiero dejar claro que la burguesía subalterna de igual forma que la hegemónica, en circunstancias diferentes) no aparece siempre directamente en las manifestaciones que voy a apuntar. Con frecuencia se expresa por medio de sus portavoces, escritores, ideólogos, aliados o simples subalternos: civiles o militares, políticos o técnicos, burócratas o gobernantes. De la misma forma que las estructuras de mediación que aparecen en las relaciones entre las clases sociales, la clase dominante y el Estado, esas personas o grupos son indispensables para la reproducción y expansión de las relaciones económicas y políticas que caracterizan al régimen político-económico. Por ello, sería engañoso tomar al régimen político vigente en Perú, bajo el general Velasco Alvarado, como simplemente militar, o ni capitalista ni socialista, como pretende. Lo mismo se podría decir de otros gobiernos en los que predominan militares, como en Paraguay, Ecuador, Chile, Brasil, Bolivia u otros. Si es verdad que las razones militares son indispensables para la comprensión de una situación específica, en este o aquel país, es también innegable que la militarización del poder político no agota los significados económicos y políticos de la situación; ni explica la trama de las relaciones de clases allí presentes. Al contrario, la militarización del poder político en América Latina es expresión de la etapa en que encuentra el desarrollo de las relaciones de producción, entendidas como de apropiación económica, esto es, enajenación del proletariado

urbano y rural, en los marcos del capitalismo monopolista. En otros términos, cuando se acentúa la enajenación del productor de mayor valía y se agudizan las contradicciones de clases, en el contexto del capitalismo monopolista, que también monopoliza el aparato estatal, se hace más urgente y necesaria la militarización del poder político. Ésta es la situación en la cual surge la ilusión de que la burguesía no detenta al menos una parte significativa del poder; o de que las razones militares (lucha contra la subversión, expansionismo geopolítico) superan y suprimen las razones de la burguesía, nacional o extranjera.

Veamos ahora las reacciones manifestadas por las burguesías subalternas de América Latina, frente a la situación de crisis en la que se encuentra el liderazgo y supremacía de los Estados Unidos.

Desde luego, esas burguesías comenzaron por sentirse desprotegidas, abandonadas o traicionadas. Cuando el gobierno norteamericano hace pública su política de coexistencia pacífica, empezando a hacer negocios con la Unión Soviética y la China socialista, en ese momento se dan cuenta de que de hecho había un elemento de chantaje bajo la política de guerra fría. Al mismo tiempo, comprendieron que ya no sería tan fácil seguir haciendo el juego de guerra fría internamente. Varios gobiernos dictatoriales latinoamericanos comenzaron a tener dificultades para convencer a la opinión pública interna y a sus donadores y protectores extranjeros de que la represión y el terrorismo político y cultural eran necesarios y prioritarios. Cuando los propios Estados Unidos abandonan en la práctica las posiciones maniqueas que segregaban a los países socialistas, inclusive por medio de una barrera ideológica compacta, las burguesías subalternas latinoamericanas comienzan a inquietarse y a buscar otras razones para su dominio interno irrestricto y su alianza con el imperialismo. En varios casos, la cuestión de las doscientas millas de mar territorial, la idea de la patria grande, la discusión sobre un tercer camino ni capitalista ni socialista o el compromiso con la democracia social, en sustitución de la democracia liberal, son sucedáneos políticos para situaciones dictatoriales en las cuales la idea de la guerra subversiva ya no es suficiente para galvanizar a la opinión pública.

Ése fue el contexto en el que surgió la tesis de que había un vacío político en América Latina, debido a las omisiones de los Estados Unidos. La presencia de gobiernos nacionalistas, o de base popular, en América Latina, como el del general Juan José Torres en Bolivia (depuesto en 1971), o el de Salvador Allende en Chile, llevó a algunos de los gobiernos más dóciles a los Estados Unidos a lamentar el vacío político dejado en América Latina. El propio Pacto Andino establecido a partir de la Declaración de Bogotá, de 1966, creado con el fin de proteger algunas economías nacionales más débiles de la zona de

influencia y agresividad de los intereses económicos argentinos brasileños, mexicanos y norteamericanos, fue visto por algunos gobiernos o sus ideólogos, principalmente en los Estados Unidos y el Brasil, como una desviación de la solidaridad interamericana.

Ante esa situación, varios países de América Latina, entre los cuales destacan Argentina, Brasil y México, empezaron a poner en práctica relaciones económicas nuevas y más dinámicas con el Japón, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra y otros países. Inclusive países socialistas como la Unión Soviética, China, Yugoslavia, Checoslovaquia y algunos otros empezaron a ser solicitados de forma más ostensible, o aceptados más abiertamente, para transacciones comerciales. No se piense, sin embargo, que esa apertura económica tuvo o tiene algo que ver con aperturas políticas. En general, esos países latinoamericanos buscan nuevos recursos de capital y tecnología para sus programas de desarrollo del capitalismo monopolista. En ciertos casos, como ocurre con Argentina Brasil y México, se busca también nuevos mercados para productos minerales, agropecuarios y manufacturados. Ocurre que, en el caso de esos países, el tipo de industrialización realizada acabó por exigir la expansión de las exportaciones, por dos razones principales. Por una parte, la industrialización realizada en esos países, en las décadas de posguerra, fue ampliamente determinada por los intereses del capital externo y teniendo en cuenta, desde el principio, la producción para la exportación, además de la atención del mercado externo. Tan es así que fue grande la capacidad ociosa instalada en las fábricas más modernas, en general con capitales y tecnologías extranjeras. Por otra parte, la exportación de manufacturas pasó a ser un nuevo renglón importante para la producción de divisas necesarias a consecuencia del tipo de industrialización dependiente que se había realizado. Esta industrialización, combinada con las fluctuaciones del comercio de productos minerales y agropecuarios, creó problemas de balanza de pagos (desequilibrio en la balanza comercial, endeudamiento externo, diversificación y encarecimiento de las materias primas importadas, etcétera) que exigían el aprovechamiento de la exportación de manufacturas como expedientes para mantener la continuidad de las políticas económicas nacionales adoptadas. De ahí por qué unos y otros repiten la reflexión que estaba en el espíritu del viaje del presidente Nixon a Pekín: las mercancías no tienen ideología; o el comercio no compromete los regímenes políticos. Todos se apegan a esa reflexión, en especial cuando se vuelve evidente que los Estados Unidos ya no están en condiciones de ofrecer las perspectivas de negocios que anteriormente parecían tranquilas y suficientes.

Como vemos, la situación de crisis de los Estados Unidos y el ascenso de los países europeos y el Japón, además de los socialistas, crean algunas condiciones nuevas para las burguesías nacionales de América Latina. Éstas pierden un poco de su carácter subalterno,

frente a los Estados Unidos, al adquirir nuevas posibilidades de negociar con otros países, inclusive socialistas. Ésa es la ocasión en que urgen de nuevo ambiciones hegemónicas, principalmente en México, Brasil y Argentina. Si es cierto que esas ambiciones son inicialmente más retóricas o políticas que económicas, no es menos cierto que son un dato significativo en una situación histórica nueva.

#### IV

### POTENCIAS REGIONALES Y ENCLAVES IMPERIALISTAS

El análisis de las condiciones y perspectivas de los países latinoamericanos, en el contexto de la crisis de hegemonía de los Estados Unidos, precisa comenzar por reconocer situaciones como las siguientes: a] La multipolarización económica, política y militar de los sistemas mundiales de poder, debido a los antagonismos y divergencias surgidos en el interior de los bloque capitalistas y socialistas prevalecientes en los años de la guerra fría. b] La multilateralización de las relaciones externas de los países latinoamericanos, intensificando y diversificando sus relaciones económicas, políticas, militares y culturales con países de Europa, Japón, la Unión Soviética y otros. c] La creciente importancia de las empresas y conglomerados multinacionales, principalmente los de base norteamericana, en los negocios internos de cada país latinoamericano y en sus relaciones externas. d] El resurgimiento, en nuevas condiciones, de las ambiciones hegemónicas de algunos sectores sociales en Argentina, Brasil y México, en sus relaciones con los otros países latinoamericanos.

Es claro que las nuevas condiciones y perspectivas de los países de América Latina no pueden ser vistas solamente a la luz de la crisis de hegemonía de los Estados Unidos. Me parece indispensable tomar en cuenta las transformaciones habidas y en curso en el escenario mundial. Esto es, se produjeron realmente nuevos desarrollos del capitalismo monopolista, en escala mundial, y no únicamente en los Estados Unidos, Europa y Japón. Prácticamente todos los países dependientes situados en Asia, África y América Latina fueron y están siendo reintegrados en las relaciones capitalistas mundiales, en los términos de la multipolarización y multilateralización ocurridas en la década de los sesenta y en los primeros años de la década de los setenta. Al mismo tiempo, creció la parte socialista del mundo, aun en el curso de la guerra fría; y se establecieron nuevas relaciones de los países socialistas con los capitalistas dominantes y los dependientes. En ese contexto, se desarrollaron a veces bastante las fuerzas productivas y las relaciones de producción en los países dependientes, entre los cuales se



destacan México, Brasil y Argentina en América Latina. Ése es, en pocas palabras, el ambiente mundial en el cual ocurre la crisis de hegemonía de los Estados Unidos, ambiente en el que se crean nuevas condiciones y perspectivas para los países de América Latina.

Ése es el contexto mundial en el cual están resurgiendo las ambiciones de independencia y hegemonía de países como México, Brasil y Argentina, en sus relaciones con los Estados Unidos y con los otros países de América Latina. Ése es el escenario más general en el que se manifiestan los síntomas de lo que los científicos sociales, gobernantes, políticos y empresarios han denominado: bloques hegemónicos, polos hegemónicos, bloques hispánicos, bloque brasileño, liderazgos o potencias regionales, zonas o esferas de influencia, subimperialismo, enclaves imperialistas, etcétera. Pero el contexto mundial no es suficiente, aunque indispensable, para explicar los fenómenos que podrían denominarse potencias regionales y enclaves imperialistas. Me parece necesario especificar más, a fin de que tengamos una idea un poco más clara de lo que significan las ambiciones de independencia y hegemonía de algunos países latinoamericanos.

Es antigua la inclinación de algunos sectores sociales de los tres países “grandes” de América Latina en el sentido de ejercer alguna influencia o incluso predominio en sus vecinos del continente. Pero en los años recientes parece haberse reavivado esa tendencia, debido principalmente a un renacimiento singular de doctrinas de base geopolítica. Las concepciones militares de seguridad y defensa nacionales, como precondiciones de desarrollo económico, hicieron resurgir en ciertos sectores argentino, mexicanos y brasileños una preocupación renovada por los vecinos del continente. En general es evidente que las preocupaciones por la seguridad interna, surgidas en el cuadro de la guerra fría pero preservadas en la época de la coexistencia pacífica por la mayoría de los gobernantes latinoamericanos, tienden a desdoblarse en preocupaciones por la estabilidad social, política y económica en los países vecinos. Parece que algunos países de América Latina, principalmente los “grandes”, absorbieron las concepciones norteamericanas de seguridad hemisférica, pero ahora en sus perspectivas nacionales. De ahí que con frecuencia hay cierta continuidad entre la preocupación por la ocupación y colonización de fajas fronterizas y lo que ocurre social, política y económicamente al otro lado de las fronteras.

Ése parece ser el motivo del interés especial con el que algunos sectores brasileños acompañaron y acompañan la evolución de gobiernos como los de Torres y Banzer, en Bolivia, Areco y Bordaberry, en Uruguay, o Belaúnde y Velasco, en Perú. La propia situación chilena, en la sucesión de los gobiernos Frei, Allende y Pinochet, fue seguida con gran interés por algunos sectores brasileños, argentinos y mexicanos, además de otros y, en

especial, los norteamericanos. Siempre en la óptica de los análisis geopolíticos en primer lugar, y de los intereses económicos y otros, en seguida. En parte. Ése fue el cuadro político latinoamericano en el que surgieron las preocupaciones de algunos sectores brasileños con problemas como los siguientes: la diplomacia de las fronteras ideológicas (o monolitismo ideológico) frente a la diplomacia de pluralismo ideológico; el pacto Andino como embrión de un bloque hispánico independientemente o adverso a los ideales de solidaridad hemisférica en comunidad cultural con países ascendentes como México y Argentina; el peligro comunista, presente en el gobierno boliviano del general Juan José Torres, depuesto en 1971, y en el gobierno chileno de Salvador Allende, depuesto y asesinado en 1973; frente a sociedades inestables política y económicamente, el Brasil parecía y parece a ciertos sectores como una sociedad estable, en estado de seguridad y desarrollo. De ahí la sugerencia de algunos ideólogos en el sentido de que Brasil debería interesarse más sistemática y abiertamente por los problemas de América del Sur. La propia Argentina, país más desarrollado que el Brasil, era y continúa siendo inestable, debatiéndose con los problemas sociales y políticos internos, entre los cuales se destacan las luchas internas del peronismo. En esta situación, surgieron algunos ideólogos, Brasil debería formular una política externa propia e independiente (principalmente frente a los Estados Unidos y la Argentina), no tanto tocante a América Latina como a la relación con los países de otros continentes.

Argentina, por su parte, ha procurado reaccionar a la creciente presencia de Brasil en los asuntos latinoamericanos, principalmente en el área del Plata. Se ahí el énfasis en la diplomacia del pluralismo ideológico, en contraposición a la diplomacia de las fronteras ideológicas (o monolitismo ideológico) evidentemente en algunas iniciativas brasileñas. Varios problemas surgidos en los últimos años, en la llamada Cuenca del Plata, en la que se hallan interesados principalmente Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, revelan el carácter geopolítico y económico de las rivalidades y disputas entre Argentina y Brasil. Estas tensiones naturalmente se extienden o envuelven el carácter de sus relaciones con Bolivia, Perú y Chile, en cuanto a los programas de intercambio económico, ayuda, asistencia, semejanza o identidad ideológica de los regímenes políticos, tipo de relación con las naciones socialistas, grado de solidaridad con los Estados Unidos, etcétera. Algunos de los problemas más visibles son los relativos a la jurisdicción de los países respecto a recursos hidráulicos del área, a cuestiones de fronteras, a la salida hacia el mar deseada por Bolivia y otros. Concretamente, algunas discusiones y controversias diplomáticas han surgido a consecuencia del acuerdo Brasil-Paraguay para la construcción de la fábrica hidroeléctrica de Itaipú. Pero también preocupan a los círculos diplomáticos argentinos y brasileños acuerdos como los siguientes:

Brasil-Bolivia, referente al gas boliviano a ser importado por Brasil; Argentina-Uruguay, sobre la construcción de la fábrica hidroeléctrica de Salto Grande; además de otros problemas. Parece evidente, sin embargo, que la persistencia y el agravamiento de las luchas sociales internas en Argentina, desde la deposición de Perón en 1955, hasta el presente, han dificultado un poco la actuación de la diplomacia argentina ante los países de habla española en América del Sur. Pero esas dificultades no están impidiendo la actividad económica de los argentinos en la región.

México, por su parte, aparece como una nación preocupada en aprovechar el contexto crítico en el cual de hallan tanto los Estados Unidos como las relaciones Argentina-Brasil para mejorar sus posiciones en América Central, en el Caribe y en América del Sur. Las iniciativas ante los países del Pacto Andino (Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú) se sitúan en ese nuevo curso de la diplomacia mexicana. Tienen por objetivo no perder las oportunidades creadas por la reducción de la presencia norteamericana en América Latina, por una parte, y la rivalidad argentino-brasileña, por otra. Además, México parece ser, entre los tres “grandes” de América latina, el país que más intensamente ha sido alcanzado por la presencia y la agresividad imperialista norteamericana. Esto confiere una significación complementaria a su diplomacia latinoamericana, puesto que puede darle términos más favorables de negociación con los norteamericanos.

Estas relaciones de México, Brasil y Argentina con sus vecinos, o los países “medios” y “pequeños” de América Latina, se están estructurando y desarrollando en los moldes típicos de las relaciones capitalistas: comercio de materias primas y manufacturadas; empréstitos y donaciones; acuerdos de asistencia e intercambio técnico y cultural; programas de asistencia y cooperación militar; en niveles técnico e ideológico; latinoamericanización e internacionalización de las relaciones externas, paralelamente a la interdependencia y aceptación de la supremacía de los Estados Unidos en los negocios del hemisferio.

Subyacentes a las posiciones de base geopolítica y a las relaciones políticas, militares y culturales, lo que parece predominar es la lucha por los mercados de los países de América Latina. La evolución de las relaciones económicas de los países latinoamericanos, en los últimos años, parece indicar un nuevo arreglo del comercio de manufacturas y materias primas, en moldes diferentes a los que prevalecían anteriormente. Antes, cuando los Estados Unidos polarizaban los negocios con los países de América Latina, éstos vendían materias primas y compraban manufacturas. En los últimos años, debido a la expansión industrial en México, Brasil y Argentina, además de otros, estos países ingresaron en el comercio de manufacturas. Y ya luchaban entre sí y con otras naciones, inclusive los Estados Unidos, por

la participación en los mercados nacionales de América Latina. Pero sus impulsos, por ahora, son alimentados principalmente por los problemas de sus balanzas de pagos o la necesidad de ampliar el empleo interno. Sin olvidar que las principales empresas que participan del comercio de manufacturas en el área son extranjeras y principalmente norteamericanas.

Así, las posiciones geopolíticas y las razones económicas están produciendo dos movimientos importantes y nuevos en América latina. Por una parte, provocan el desarrollo de lo que se puede denominar un proceso renovado y extenso de latinoamericanización de las mentalidades de las políticas nacionales y de las relaciones exteriores. Ese fenómeno es evidente en México y Argentina, particularmente importante en Brasil. En los últimos años, en grado creciente, América Latina pasó a ser un dato fundamental en el horizonte cultural, político, económico y militar de todo brasileño interesado en comprender lo que está ocurriendo o puede ocurrir tanto sea en el continente como en el propio Brasil. Por otra parte, aquellas posiciones ya razones están transformando a México, Brasil y Argentina en candidatos a potencias regionales, o de segunda clase. Además, ese es el interés de algunos sectores político-económicos y militares en esos países; además de que esas ambiciones interesan a naciones como Japón, Alemania, Francia, la Unión Soviética, China y algunas otras, aunque por razones diversas. Es evidente que las relaciones de esos países con los tres “grandes” de América Latina tienen como objetivo mejorar sus bases latinoamericanas y debilitar las posiciones norteamericanas. Hoy algunos países latinoamericanos ya se sienten mucho más seguros para votar independientemente o contra los Estados Unidos en organizaciones y agencias multilaterales. La diversificación de las relaciones económicas, políticas, militares y culturales de los países de América Latina, en especial de México, Brasil y Argentina, están garantizando a estos países mayores márgenes de maniobra.

Pero es importante no olvidar que los Estados Unidos todavía son el país preponderante en los negocios latinoamericanos. Además, sus gobernantes han delegado en empresas y conglomerados norteamericanos algunas de sus tareas económicas y políticas. Parece claro que los hombres de negocios norteamericanos y sus delegados latinoamericanos muchas veces son más poderosos o decisivos que los embajadores, en la resolución de cuestiones que interesan a los Estados Unidos. Los incidentes habidos con la Internacional Petroleum Company (IPC) en Perú y la Internacional Telephone and Telegraph Corporation (ITT) en Chile muestran cuán importantes son las empresas y los conglomerados en la conducción de los intereses norteamericanos en América Latina; así como la forma en que se combinan y se determinan las relaciones diplomáticas e imperialistas.

Por otra parte, los Estados Unidos siempre hicieron y continúan haciendo en América

Latina una política de rivalidad y acomodo con respecto a los tres “grandes”. Durante un momento, Argentina parece merecer las preferencias norteamericanas. En otro momento es el Brasil el que aparece en esa condición. Y lo mismo se puede decir de México. La propia literatura norteamericana sobre las relaciones interamericanas parece tener, además de sus objetivos técnicos, académicos o científicos, un poco la finalidad de constatar y estimular la rivalidad entre México, Brasil y Argentina, en sus relaciones, rivalidades y ambiciones económicas, políticas, militares y culturales, tanto recíprocamente como con los vecinos “medianos” y “pequeños”.

Así, los llamados tres “grandes” de América Latina son países que revelan, al mismo tiempo, las siguientes características: potencias regionales, o de segunda clase, emergentes y enclaves del imperialismo. Aparentemente, esas dos condiciones son contradictorias. En la práctica, sin embargo, son reales; la contradicción es propia de una situación de transición. No hay duda de que las ambiciones hegemónicas son mucho más ideológicas que reales, por lo que revelan las relaciones económicas, políticas y militares. Pero tampoco hay duda de que los países “pequeños” y “medianos” ya sienten la realidad de la influencia, poder e incluso dominación de lo que ellos ya denominan imperialismo de las tres “grandes”. Ocurre que la práctica de las relaciones económicas, que realmente está haciendo aumentar la presencia de Argentina, Brasil y México en los mercados de otros países americanos, es también el producto de la expansión del capital monopolista mundial y la consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en el interior de sus economías. De ahí la razón por la que sería captar apenas un aspecto, aunque importante, de la cuestión, decir que la Argentina, Brasil y México son única y exclusivamente enclaves del imperialismo norteamericano (o japonés, alemán y otros). Sí, eso son. Pero también son estados nacionales con fuerzas sociales y políticas de cuño burgués, interesados en ensayar afirmar sus hegemonías sobre los otros países. En el curso de la crisis del capitalismo mundial, en la cual sobresale la crisis de hegemonía de los Estados Unidos, no es imposible que se concreten las ambiciones de los tres “grandes” de América Latina, o de uno o dos de ellos, en el sentido de imponerse como potencia de segunda clase; pero sin perder la condición de enclave del imperialismo norteamericano o de algún otro.

V

PROBLEMAS Y TENDENCIAS

Ahora, en forma breve, veamos cuales son algunas cuestiones sobre las cuales sería necesario profundizar la discusión y realizar indagaciones más detenidas. No todas están explícitas en los capítulos precedentes.

a] La manera en que ciertos países de América Latina, en especial Argentina, Brasil y México, están reaccionando a la crisis de hegemonía de los Estados Unidos parece indicar que algunos de sus sectores burgueses están interesados en avanzar hacia posiciones de independencia y hegemonía. Está claro que esas posiciones son más frecuentemente formuladas e incluso propuestas y defendidas por miembros del gobierno, técnicos, políticos y funcionarios, civiles y militares. Pero de la impresión de corresponder a los anhelos de autonomía y hegemonía de sectores burgueses subalternos, insatisfechos con los vínculos establecidos por los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial y la guerra fría. La táctica de esos sectores es multiplicar y diversificar las relaciones económicas, militares y culturales externas, reduciendo la importancia absoluta y relativa de las transacciones más inconvenientes con los Estados Unidos. Esa política podría dar resultados concretos, mayores o menores, si se mantuvieran y acentuaran las tendencias de multipolarización evidenciadas en los años sesenta y setenta. Eso implica que continúe creciendo y consolidándose la importancia de Europa, Japón, Unión Soviética, China y otros países en los negocios mundiales y latinoamericanos.

b] pero la reducción de la importancia absoluta y relativa de los Estados Unidos en los negocios latinoamericanos, en especial en aquellos tres países, no significa, necesaria y automáticamente, la reducción de la dependencia externa. Por una parte, las empresas multinacionales de base norteamericana están actuando de modo decisivo en las relaciones económicas y políticas internas o externas en esos países. Parece estar ampliando su capacidad de interferencia y decisión en los negocios latinoamericanos, lo que permite reducir la visibilidad del gobierno norteamericano sin cambiar sustancialmente la actuación del imperialismo. En parte, eso es el significado de la diplomacia de *low profile*, o *mature partnership*. Por otra parte, no es imposible que los imperialismos japonés, alemán, francés, inglés y otros adquieran mayor fuerza y agresividad en América Latina, en los términos ya anunciados en los últimos años: desalojando al imperialismo norteamericano, o reduciendo su importancia relativa y estimulando las ambiciones hegemónicas en Argentina, Brasil y México.

c] En ese contexto de posibilidades, no es imposible que las clases obreras, pasen a renovar o a desempeñar nuevos papeles en el proceso político latinoamericano, principalmente en México, Brasil y Argentina. En primer lugar, pueden ser empujadas, por algunas

organizaciones políticas, a hacer el juego de la burguesía nacional en la lucha por nuevas posiciones frente al capitalismo mundial y norteamericano, en particular éste. En segundo lugar, pueden ser llevadas a hacer el juego de los imperialismos europeos o japonés, en la lucha contra los norteamericanos. En ambos casos, harían su juego en los cuadros del régimen capitalista de producción. En tercer lugar, ellas pueden crear, desarrollar o renovar organizaciones políticas propias, a través de las cuales podría luchar contra los varios imperialismos y sus aliados internos. En ese caso la actuación política de esas clases obreras sería organizada según las exigencias de la revolución socialista.

d] Por otra parte, es evidente que la expansión del capitalismo monopolista, en asociación con el aparato estatal, en Argentina, Brasil y México, está imponiendo a las clases obreras sacrificios económicos, políticos y culturales bastante grandes y en ciertos casos crecientes. La forma en la que se realizó y continúa desarrollándose la industrialización en esos países no ha producido ni un desarrollo económico general ni un desarrollo social y cultural generalizado, si pensamos en las varias clases sociales y en las diferentes regiones de cada país. En esos países, el desarrollo capitalista es acentuadamente desigual. Hay sectores pauperizados y en pauperización en el proletariado. La expansión del capitalismo en el campo ha permitido mantener y aumentar el ejército industrial de reserva. La ocupación y la colonización de franjas fronterizas han funcionado como técnicas de transferencia de excedentes de mano de obra desocupada o subocupada de los lugares en que es más viable la politización de las personas, cuyos problemas el Estado burgués no está interesado en resolver. Todo eso hace crecer los costos sociales, esto es, económicos, políticos y culturales, que las clases obreras han sido obligadas a pagar para el desarrollo del capitalismo industrial monopólico en América Latina. De ahí el carácter derechista, o simplemente dictatorial, de la mayoría de los gobiernos. Ésas son las condiciones del agravamiento de las condiciones de vida de los sectores obreros, en el campo y en la ciudad. Ése es el contexto general en el cual parecen configurarse nuevas condiciones de organización política de las clases obreras.

São Paulo, junio de 1974.